

perniciosa que todas estas pasiones es la excesiva melancolía; ⁽¹⁾ no hay excitación ni intemperancia alguna que hasta tal punto gaste las fuerzas, ⁽²⁾ ni que tanto las abata, ⁽³⁾ ni haga tan mortales estragos. ⁽⁴⁾

5. Todos los males, y especialmente la muerte, son consecuencia del pecado.—Ya hicimos notar que en cuanto á esto puede irse demasiado lejos y hacerse afirmaciones tan faltas de caridad como de justicia; el corazón humano, cuyas miras son estrechas y que gusta de censurar, está siempre dispuesto á hacer derivar directamente cada desgracia de un pecado personal, confundiendo así la falta común de la raza con la del individuo, efectos preparados de mucho antes con hechos transitorios; se mezcla de tal manera lo verdadero y lo falso, que es muchas veces difícil aclarar este punto.

Ejemplo curiosísimo, y tan singularmente profundo como sencillo, es la manera que tienen los chinos de comprender esto. Cuando reina la virtud, dicen, llueve en tiempo oportuno; cuando el pecado domina, llueve sin parar, ó la sequía invade la tierra; la temperatura y la moralidad de un pueblo están estrechamente ligadas; la baja de la moralidad siempre fué seguida de años estériles, tempestades, inundaciones, epidemias, mortandad. ⁽⁵⁾ Esto no es un castigo, pues ¿quién habla entre los chinos de castigo divino? Donde hay castigo ha de haber alguno que lo aplique, y ¿cuál sería éste dentro de su religión? «No; dicen ellos, esto es consecuencia necesaria de la alteración del orden por el pecado; lo mismo que la fiebre sigue al resfriado y que perturbaciones en la digestión son consecuencia de excesos en la comida, así el pecado va seguido de un desarreglo en el equilibrio de la creación, siendo una reacción necesaria por aquel atentado contra la naturaleza». ⁽⁶⁾

(1) Cassian., *Instit.*, 9, 3. Sto. Tomás, 1, 2, q. 37, a. 4

(2) Psal. XXX, 11, Prov. XV, 13.

(3) Prov., XVII, 22.

(4) Eccli., XXXVIII, 19; XXX, 25; Cornel. a Lap., *Prov.* XV, 13.

(5) Wuttke, *Gesch. des Heidenthums*, II, 47, 56, 124, 181.

(6) Juan., IX, 2. Luc. XIII, 2.

En frente de esta opinión encontramos el racionalismo europeo, próximo pariente en lo demás del chino, pero que esta vez, por excepción, no está de acuerdo con él; no quiere en modo alguno reconocer conexión entre la falta y el mal. En tiempo de Pombal era peligroso para la vida de los individuos, porque lo era para el Estado, considerar una desgracia como manifestación de la voluntad de Dios; la destrucción de Lisboa, por ejemplo, como un castigo del Altísimo. Ciertamente hoy no se aprisiona al autor de semejante delito; pero atrae sobre sí la excomunión y el calificativo de idiota, que le aplican nuestros sabios y todos los periodistas, quien vea el dedo de Dios en una serie de infortunios con que el Señor prueba una casa ó un país cuando parece haber olvidado sus mandamientos. Unánimemente dicen que estas ideas no corresponden á la cultura de la época, que es cosa de viejas creer en un poder divino remunerador, ó sea, en el orden moral del mundo.

Estas opiniones son exageradas y erróneas. Á ningún espíritu reflexivo se le ocurre pretender que cada desgracia y cada enfermedad sea castigo de un determinado pecado; en diferentes ocasiones reconviene el Señor á aquellos de sus discípulos que tenían este prejuicio. ⁽¹⁾ Pero no obstante esto, el principio de que el mal en el mundo es un castigo, permanece irrefutable; la razón y la fe nos dicen que Dios no es el autor de los estragos que hoy presenta la naturaleza por Él creada; ⁽²⁾ sin el pecado, no existiría ninguno de los males que amargan la vida, y que, no obstante la acaban demasiado pronto aun para el que sufre.

Y si todos los males son recompensa del pecado, tal es sin duda la muerte, el mayor de los males terrenos. El que la naturaleza se arruine primero poco á poco con los sufrimientos y las enfermedades, después por completo con la muerte, es una consecuencia del pecado. Milton expuso esto con fuerza, concisión y verdad admirables: «Aun no ha

(1) Sap., I, 13.

(2) Rom., VI, 23, Gen., II, 17; III, 19.

nacido el pecado, cuando ya lo percibe el monstruo de descarnadas manos, la muerte, que vela en la puerta del infierno; á la vista de su padre dilata la nariz y de lejos olfatea su hálito pestilente. Parécele que ya se verifica la descomposición: Ya noto un gran olor de matanza, rapiña inmensa. Siento el gusto á muerto de todas las criaturas que allí viven. No faltaré á la obra que te propones; quiero en ella participar del honor contigo. Y esto dicho, el monstruo respiró con fruición el perfume del mortal cambio ocurrido en la tierra; no de otro modo una bandada de aves carnívoras, á pesar de hallarse á muchas leguas, llega volando la víspera de la batalla, al sitio en donde acampan los ejércitos, atraída por el olor de los cadáveres vivos, prometidos á la muerte para el siguiente día en sangriento combate». (1)

Y entonces el espectro huye del calabozo vacío y construye encima de los pantanos y de los abismos, ayudado por su padre, el puente horrible de la muerte, que todos debemos pasar, pues todos somos miembros de una misma raza, y si á todos gusta disfrutar de las ventajas que les reporta su unión con los demás, tampoco debe quejarse de la participación en los sufrimientos y expiaciones de la colectividad.

6. Los males y la muerte como castigo de la violación del orden moral.—Y esto tanto menos, cuanto que nadie está exento de pecado. Nos quejamos mucho de los males de la vida, acusamos á Dios, á Adán, á la humanidad; pero ¿no es señal de mal espíritu lamentarse continuamente de los males exteriores que sufrimos, y no reconocer siquiera los defectos interiores que los producen? ¿Por qué no confesar que nunca nos hiere una aflicción sin que nosotros mismos la hayamos motivado? ¿Por qué no admitir que rara vez se encuentra alguna de que no seamos nosotros mismos los autores?

Sí, nosotros somos la causa de nuestros males, y esto nos priva del derecho de quejarnos cuando los sufrimos;

(1) Milton, *Paradise lost*, X, 244 y sig.

porque ¿de quién, sino de nosotros mismos, hemos de quejarnos? No es Dios quien produce estos males, ni son tampoco un postulado de la naturaleza; pero nosotros perturbamos la naturaleza por Dios bien dispuesta, y esa es la causa de que nos dañe. El veneno mismo tiene en la naturaleza fin y lugar propios; si perjudica al hombre es para vengar el abuso que de él se hace. (1)

Mas si se venga del abuso, es á consecuencia de la ley divina. Nosotros mismos nos castigamos, es cierto; pero con esto no hacemos otra cosa que ejecutar la voluntad divina. Con el pecado rompemos las barreras que nos impone, con el castigo las restablecemos; de este modo, Dios permanece siempre dueño, y la criatura siempre súbdita, porque el que ha turbado el orden debe restablecerlo y reparar contra su voluntad la falta que voluntariamente cometió.

Hay por tanto un orden moral del mundo, según la poco precisa expresión que no diciendo nada, tan bien responde al espíritu nebuloso del panteísmo. Nos abstengamos siempre de emplear términos vagos é incoloros como, *ideal*, *orden del mundo*, *teleología* y otros semejantes, porque sólo sirven para paliar la falta de pensamientos, y además porque encierran la negación del Dios vivo. Sin embargo, aquí nos serviremos de ella, pues á tal punto hemos llegado, que la incredulidad ni siquiera la admite. Sí, hay un orden moral del mundo que no es otra cosa que la inmutabilidad de la santa voluntad de Dios y de su justicia garantidas por su omnipotencia y sabiduría; orden tan superior á nosotros, que no hay maquinación ni violencia que pueda eximirnos de él. Nunca se muestra más poderoso que cuando quiere quebrantarlo el pecador, pues éste precisamente es quien debe cumplir en sí el castigo que aquel orden dispone. Cuanto más osadamente lucha contra este orden, tanto más se daña á sí mismo, tanto más glorifica al orden. Si rehusa glorificarlo con

(1) Agustín, *Civ. Dei*, 11, 22. Escio, *Comment. in lib. Sentent.*, 2, d. 15, § 4. Cornél. a Lap., *In Sap.*, I, 14.

la vida, según era su deber, tendrá contra su voluntad que glorificarlo con la muerte.

7. La muerte igualmente natural y contra naturaleza.—Por consiguiente, siempre es la muerte un castigo de Dios; cuando el pecador se la infiere á sí mismo, es ella el castigo más terrible que puede afectarle.

Sabido es que, tan pronto como se trata la cuestión de la muerte, se llega á un tejido de contradicciones misteriosas. Es natural que la muerte ocurra, y, sin embargo, es contra naturaleza. Nuestra naturaleza se rebela contra la muerte, estremécense los sentidos, la sangre se subleva; cada miembro está pronto á sacrificarse entre los mayores tormentos con tal de salvar la vida al cuerpo entero; y, no obstante, el entendimiento nos dice que es lógico y natural que perdamos la vida, pues no nos la hemos dado, ni depende de nuestro poder, ni en nosotros mismos la tenemos.

¿De qué proviene esta contradicción? Únicamente de que la muerte, en cuanto nos afecta, es el castigo de nuestros pecados. No es Dios quien hizo la muerte. ⁽¹⁾ Ciertamente creó una naturaleza á la cual le era natural la muerte, pero, en su clemencia, había suprimido esta ley natural; el hombre no era inmortal, pero podía llegar á serlo si quería ser fiel á Dios, fuente de la vida. En cuanto se apartó del manantial donde brotaba su vida, cayó en poder de la muerte. Desde entonces la muerte ya no fué natural, pues era un castigo por haberse separado de la vida, un castigo que el hombre se había atraído, poniéndose en contradicción con la voluntad divina.

Por consiguiente, esta misteriosa contradicción se resuelve con facilidad. Si el pecado es apostatar de Dios, también es la separación de la vida; siendo Dios la fuente de la vida, el pecado es la muerte; es destrucción de la naturaleza, porque es una rebelión contra su autor. Nada más natural, por tanto, que muera aquel que se apartó de la fuente de la vida. Con todo, no es natural que el hom-

(1) Sap., I, 13.

bre muera; si la muerte no procede de Dios, es imposible llamarla natural.

8. ¿De dónde proviene la predilección moderna por la muerte?—Ya habríamos dicho que la muerte es entre todas las cosas la más contraria á la naturaleza, si no hubiésemos reflexionado que hay otra que lo es más aún. Nos referimos con esto á uno de los más sorprendentes fenómenos de la época: la costumbre siniestra de acariciar la muerte. No creemos equivocarnos al designar este rasgo morboso, como signo característico del moderno Humanismo; signo por el que se distingue de las anteriores épocas de la civilización, exceptuando las de Nerón y Buda. En todas partes y siempre se encuentran casos aislados de estas dulces miradas dirigidas á la muerte; no es sorprendente que un poeta como Propertio, tísico en sus mejores años por excesos en el vino y su desordenada vida, celebre continuamente á la muerte, ⁽¹⁾ de la que no niega la amargura; ⁽²⁾ pero muy distinto es el caso de nuestros días, en que se quiere formar escuela del fanatismo por la muerte. A los veinticinco años, nuestro Novalis no deseaba más que una cosa: impedir que cicatrizaran las heridas de su corazón; ⁽³⁾ había consumido su vida en el mundo, y éste no podía ofrecerle ya más que el recuerdo amargo de satisfacciones que no podía volver á tener. Esto es cosa suya; pero pretender, como profeta que para ello hubiese recibido misión, que la humanidad cuente entre sus placeres la enfermedad y la muerte, ⁽⁴⁾ eso es demasiado. No se trata de una cuestión de gusto, sino de una filosofía consciente de la muerte; significa esto enseñar á la humanidad á encontrar placer en lo que es contra naturaleza, lo cual supone miras secretas que más bien podrían ser tachadas de locura, que de sobra de sinceridad.

Conocemos esta segunda intención que no se quiere pa-

(1) Propert., 2, 1, 71; 13, 17; 15, 24, 54; 24, 34; 3, 1, 37.

(2) *Id.*, 1, 19, 1.

(3) Haym, *Die romantische Schule*, 338.

(4) Haym, *Ibid.*, 361.

tentizar; la cual no es sino el esfuerzo para evitar la doctrina de que la naturaleza está corrompida, que el pecado es un estrago de la naturaleza, que la muerte es el castigo del pecado. El mundo prefiere negar lo que es innegable, llamar natural á lo que es contra naturaleza, hacer pasar por agradable lo que en ella hay de más terrible, antes que admitir que el estado en que ahora vivimos es contra naturaleza y corrompido.

Prescindamos de lo que se oculta, para no fijarnos más que en los hechos evidentes. Desde que el descubridor del reino de la verdad y de la civilización, según se suele llamar á Lessing, escribió el tratado: *Cómo los antiguos se figuraron la muerte*,⁽¹⁾ desde que Rousseau, casi en la misma época, formuló el principio de que el hombre por naturaleza, sufre ya y muere en paz,⁽²⁾ se hizo moda el afirmar que el Paganismo no se representó la muerte como algo horrible, sino á modo de consoladora y amable libertadora. El hombre, dicen, se representaba la muerte como una cariñosa amiga, como la hermana del sueño. Solamente con la aparición del Cristianismo se enseñó á sus afiliados á temer la muerte como un castigo y á representarla como un horrible esqueleto. Antes se arrojaba indiferente y cantando en sus brazos; hoy recibimos temblando, cual víctimas rebeldes, sus mortales golpes.

Al hablar así Lessing, se hace eco de antiguas y ajenas opiniones,⁽²⁾ pero las comentó tan bien, que Julián Schmidt afirma que, entre todas las ideas expuestas por Lessing, fué ésta la que más aceptación obtuvo del público;⁽³⁾ Schiller la popularizó con sus *Dioses de Grecia*. Desde entonces es indudable que tuvo acogida en los espíritus merced á la moderna literatura que de mil maneras la propaga. Cuan cierto sea esto, lo prueba el loco entu-

(1) Lessing, S. W. (1885), V, 272 y sig.

(2) Rousseau, *Emile*, l. 1, (*Œuvres*, 1791, X, 76).

(3) Classenio, *Theologia gentilis*, 1, 10 (Gronovio, *Antiquitat. Græ.*, VII, 40-43).

(4) Jul. Schmidt, *Gesch. des geistig. Lebens in Deutschland von Leibnitz bis Lessing* (1861-1871), II, 362.

siasmo por Sarah Bernhardt, la artista que consagró su talento á dorar esta envenenada píldora; como actriz, debe su celebridad casi exclusivamente á la manera que tiene de representar la muerte; es además pintora, escultora y muchas otras cosas, por no decir que entiende de todo; pero cuanto sabe, no le sirve más que para celebrar la muerte. Su primera escultura fué un grupo mortuario; su primer cuadro, una mujer elegantemente vestida, detrás de la cual aparecían los descarnados dientes de la muerte. En su tocador tiene un esqueleto, y en su alcoba, tapizada de negro, el célebre féretro guateado de terciopelo, que lleva á todas partes consigo y en el cual se dice que duerme á veces.⁽¹⁾

9. Acariciar la muerte es más contra naturaleza que la muerte misma.—Que sea contra naturaleza tal glorificación de la muerte, que sea más contra naturaleza que la muerte misma el tratarla tan frívola y trivialmente, como burlándose de ella y convirtiéndola en objeto de diversión, no requiere muchas pruebas, pues la razón bien claro lo dice. El mismo Séneca, nada escaso en declamaciones estoicas sobre la muerte, se expresa de este modo: «Creo no hay nada más vergozoso que desear morir. Leí hace poco un libro de un hombre bastante docto que empezaba con este absurdo: ¡Oh si pudiese morir pronto! Estas palabras son las de un espíritu débil que sólo en apariencia llama á la muerte para bienquistarse con ella. Cuando se habla así, no se la desea seriamente».⁽²⁾

El filósofo tiene razón; no hay una sola fibra de nuestra naturaleza que guste de la destrucción ó permanezca indiferente respecto de ella. Todo hombre sincero confiesa que piensa como Shakespeare, al que en verdad no se puede colocar entre los débiles y cobardes: «Sí, pero morir es ir á lo desconocido, yacer en una fría tumba y corromperse en ella; perder este calor vital dotado de sensibilidad, y convertirse en insensible arcilla; el espíritu, ya

(1) Zolling, *Reise um die Pariser Welt*, II, 161 y sig.

(2) Séneca, *Ep.*, 117, 23.

sin luz, se bañará en hirvientes ondas, ó será confinado en regiones eternamente heladas. ¡Ah! ¡es horrible! La vida más penosa y repugnante que en este mundo pueda imponer á la naturaleza, la miseria, el dolor ó la pérdida de la libertad, es aun delicioso paraíso comparado con lo que sospechamos de la muerte». ⁽¹⁾

Hablando seriamente, nadie se sonrojó, oyendo decir de sí lo que el poeta de la Edad Media dice de Alejandro: «Temía la muerte, aunque era valiente y orgulloso». ⁽²⁾

10. El temor de la muerte es natural y general en los hombres.—Si, pues, fuese cierto que la antigüedad hubiera con tanta indiferencia aceptado la muerte y que sólo el Cristianismo hubiese sido quien inculcó pensamientos serios respecto á ella, grande honor le correspondería á éste; el honor de habernos enseñado á abrigar pensamientos naturales y á sentir humanamente la muerte, en una palabra, haber restablecido también en este punto la humanidad verdadera, destruyendo el error del Humanismo. Sin embargo, por muy debido que sea este homenaje, no creemos que haya aquí ocasión especial de prestárselo.

No negamos que nosotros, los cristianos, tenemos acerca de la muerte más serias ideas que los antiguos; jugar con la muerte no se le ocurre al espíritu de un cristiano reflexivo; en cuanto á esto, cedemos gustosos el primer lugar á la antigüedad.

Recordamos haber leído gran número de epitafios antiguos en los que, aun más allá de la tumba, glorifican al difunto por haber muerto ahogado por el vino, por haber vivido en delirios, por haber sucumbido en la embriaguez, por no haber sido infiel en la muerte al vicio practicado en vida. ⁽³⁾ ¿Será nunca una honra para los antiguos el haber sabido morir de ese modo? ¿Nos deshonra el no pensar así de la vida y de la muerte? Ciertamente que no.

(1) Shakespeare, *Measure pour mesure*, III, 1.

(2) Lamprecht, *Alexanderlied* (Weismann), 6545 y sig.

(3) *Anthologia Palatina*, 7, 217-223, 345, 348, 349, 398, 408, 448, 449, 454-457, 28-30, 32, 33, 56, 325, 607, 706.

También el negro juega, se divierte hasta el borde del sepulcro, y baila hasta el momento de morir; ⁽¹⁾ también muere tranquilo el animal, que no sabe apreciar el valor de la vida. De igual manera, el disoluto, el escéptico, el desesperado, para quien el mayor bien terreno, la vida, se convirtió en tedio y enigma, muere estúpidamente como el animal, ó lo que es peor, muere á lo blasfemo, con la risa y las palabras obscenas en los labios, como Petronio, el célebre director de orgías de Nerón. ⁽²⁾

Tal desprecio de la muerte no es, en el fondo, más que carencia de juicio en cuanto al mal, ó falta de sensibilidad en el espíritu. Sólo una naturaleza malsana, que lleva un germen mortífero en el corazón, puede encontrar intolerable la vida y tratar así la cuestión de la muerte. El hacer de ello un motivo de gloria para el paganismo y avergonzarse de ser incapaces de tal indiferencia, lo dejamos para otros. Con San Agustín consideramos como un privilegio, no sólo el estar como los demás, sujetos á la amargura y aflicción de la muerte, sino el comprenderlas. ⁽³⁾

Por otra parte, la justicia nos obliga á decir que no estaban tan faltos de inteligencia y sensibilidad los antiguos que pasaran con indiferencia por la más penosa prueba impuesta al hombre. Entonces, como después, ya había quien llamaba al mal, bien, y al bien, mal; quien quería hacer pasar las tinieblas por luz y por luz las tinieblas; quienes tenían el paladar tan corrompido, que encontraban dulce lo que era amargo y amargo lo que era dulce. ⁽⁴⁾ Pero de la naturaleza es imposible renegar por completo, y por eso también en la antigüedad se designaba la muerte y todo lo que con ella de algún modo se relacionaba como algo poco agradable, ⁽⁵⁾ envidioso ⁽⁶⁾ duro, ⁽⁷⁾ implaca-

(1) Wutke, *Geschichte des Heidenthums*, I, 165. Andree, *Forschungsreisen in Africa*, II, 379.

(2) Tácito, *Ann.*, XVI, 19.

(3) Agustín, *In ps.*, 122, en. 6.

(4) Isaias, V, 20.

(5) Teócrit., *Epigr.*, 25, 4.

(6) *Anthologia Palatina*, 7, 328, 3.

(7) Séneca, *Hercules furens*, 4, 1069.